

LAURO MARAUDA

Las hermanas ciegas

Solo las hermanas ciegas ven los pájaros encendidos de la noche.

Ocupadas en llenar escudillas de silencio o servir a los hombres, escuchan el suave aleteo con reconcentrada soledad.

Nadie entiende por qué levantan de pronto la cabeza y miran el vacío. Mientras el fuego chisporrotea y las risas masculinas inundan la habitación, ellas se internan en su propio cielo y ven pasar las extrañas aves, llenas de recogimiento.

No son bandadas numerosas. Parecen enviadas para estremecer a aquellas mujeres y traerles un lejano recuerdo. Ellas dejan de limpiarse las manos en los delantales o fregar las sartenes, de reír ante las rudas caricias o escanciar vino, porque allí afuera están los pájaros y el tiempo se rompe como la cuerda de un violín.

Apenas se acuestan a dormir, una suave brisa agita las cortinas y acaricia las sábanas de holanda. Entonces las hermanas ciegas sonríen.

Vos también te sentís feliz, aguardando que la próxima noche caiga sobre tu cama otra pluma azul.

El castillo

Soy un bastión inexpugnable como la arena y sólido como un mito.

En mi interior habitan alcaldesas fértiles y señores felices, lindas doncellas y caballeros dedicados a industrias alegres. En mis pasillos y dormitorios viven los máximos placeres. Unos hacen el amor mientras otros cocinan y cantan.

Después de los soberbios banquetes, la discusión fructífera y la recreación se suceden habitualmente. Corre el vino, los dados chocan durante horas y leen los bardos. No hay gendarmería ni necesidades revolucionarias. La leche y la miel abundan, como el agua clara. Tanto la televisión como el cine sustituyen al ocio, no lo eliminan. Precisamente, el ocio representa uno de los grandes valores dentro de mis muros. Prescindió hace tiempo de los atalayas pues no temo agresiones exteriores.

Soy el castillo de la lujuria permitida y de la risa sana, de la palabra justa y del espíritu hecho cuerpo. Dentro de mí, la armonía reina y

se disolvieron las desigualdades de cualquier clase. Se aceptan las diferencias pero no las imposiciones. Hay un altar en mi centro y quien quiere, reza...

Poseo muchísimos años de sabiduría, tantos, que nadie ha emigrado jamás a otro castillo.

Sin embargo, un niño comienza a empujar uno de mis naipes de abajo.